



**Clausura Año Jubilar de la Santa Faz  
en la Solemnidad de Cristo Rey  
Alicante, 24 de noviembre de 2019**

Dejémonos embargar por el gozo de esta coincidencia maravillosa que es celebrar la clausura de este Año Jubilar de la santa Faz precisamente en el día que toda la Iglesia queda luminosamente marcada por la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo.

Abrámonos tanto a esa ansia de universalidad que inspira esta Solemnidad; pues la liturgia quiere abrir la mirada de los creyentes al final de la historia humana, cuando se producirá la salvación universal que lleva a cabo Jesús. Como, también, a la invitación que nos llega de la misma liturgia a reavivar el deseo de cada uno de nosotros de que Cristo reine en nuestra vida, renovando nuestra adhesión a Él, algo a lo que nos ayuda tantísimo el volver nuestra mirada a su Rostro lleno de Misericordia, como aconteció al buen ladrón en el Evangelio.

El existir entero de Jesús manifiesta que Dios es amor, misericordia. Y así queda patente, de modo único, en la entrega de su vida en el Calvario. La cruz es el “trono” donde manifiesta la realeza de su amor, donde es vencido el dominio del “príncipe de este mundo” (Jn 12, 31) e instaurado definitivamente el Reino de Dios. Reino que, aunque se manifestará plenamente al final de los tiempos, ya actúa en nosotros por la gracia de su amor que ha sido derramado en nuestras vidas.

Es por ello que, como nos ha dicho S. Pablo, nos debemos a dar gracias a Dios que “nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino de su Hijo querido” (Col 1,13).

Realmente somos “trasladados”, es decir, como emigrados de este mundo, donde reinan las tinieblas, a otro mundo, donde reina el Señor Jesús. Y que este mundo de Jesús es distinto del nuestro se ve claramente

en la escena de su entrega en la cruz, y de todo lo que la rodea, pues, ante la tentación de salvarse uno a sí mismo, que nos acecha siempre a todos, Jesús “no se defiende, -dice el Papa Francisco-, no trata de convencer, no hace una apología de su realeza. Más bien sigue amando, perdona, vive el momento de la prueba según la voluntad del Padre, consciente de que el amor dará su fruto” (Francisco, *clausura Jubileo de la Misericordia*, 20 noviembre 2016).

Así lo hemos vivido y experimentado durante el Año Jubilar que hoy clausuramos. El amor del Señor ha concedido abundantes frutos en este lugar y en tantas personas que se han acercado a este «oasis» buscando esperanza y consuelo. «Demos gracias a Dios Padre».

El camino para llegar a la meta y vivir ya el acceso a su Reino, que pedimos que “venga a nosotros” cada día en el Padre Nuestro, es la misericordia. Este camino no admite atajos: en efecto toda persona debe acoger libremente la verdad del amor de Dios que no se impone jamás: llama a la puerta del corazón y de la mente y, donde puede entrar, infunde paz y alegría. Por eso, peregrinar hasta este Santuario, implica recorrer, también, la senda de la existencia reconociendo en cualquier persona un hermano, sobre todo, cuando necesita de la mirada del corazón y la ayuda de nuestras manos para enjugar sus lágrimas. Muchas veces aquí invocamos la misericordia de la Faz divina, no olvidemos, como dice san Agustín, que “si quieres conseguir la misericordia de Dios, sé tú misericordioso” (Sermón 259, 3). Este es el modo de reinar de Dios; este es su proyecto universal de salvación.

Ahora, concluido este Año Jubilar, nuestro camino en la historia prosigue con sus cansancios, como constantemente experimentamos. Pero no estamos solos, «vamos a la casa del Señor», hacia el Reino que ya ha comenzado, juntos como Iglesia fraterna en medio del mundo.

Nos acompañan también, de forma discreta pero eficaz, nuestras hermanas que desde este Monasterio, con su oración constante, interceden ante la Santa Faz por nosotros y el mundo entero. Gracias.

Al celebrar hoy a Cristo Rey recordamos que a su realeza está asociada de modo singularísimo la humilde Virgen María. Ella, que fue testigo, al pie de la cruz, del perdón supremo que brotó de los labios de la Santa Faz de Jesús, nos acompaña como buena Madre y nos recuerda que el amor de

Dios nunca se cierra, pues el Corazón de Cristo está siempre abierto como una fuente inagotable de su divina misericordia.

Que sepamos, por su intercesión de madre, abrirnos siempre y confiar en el amor y la misericordia que contemplamos en la Santa Faz de su querido Hijo, nuestro Señor. Que nunca desesperemos, que nos dejemos tocar por la bondad y la paz que nos transmite su Santo Rostro.

Y que transfigurados por Él, por su gracia, nos vayamos configurando con el humilde rey de la gloria, haciéndonos irradiación del consuelo que nos transmite, instrumentos de su bondad para con esta Humanidad sufriente a la que somos enviados a servir y a levantar en su quebrada esperanza.

Sea esta Eucaristía profunda y sentida acción de gracias por el Año Jubilar que clausuramos, y canto de alabanza porque su Santa Faz seguirá atestiguando que es eterna su Misericordia. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.